CATORCE KILÓMETROS EN EL TIEMPO

Mabela Ruiz-Gallardón

CATORCE KILÒMETROS EN EL TIEMPO

Mabela Ruiz-Gallardón

Avant
editorial

Primera edición, junio de 2023
©Mabela Ruiz-Gallardón2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19763-32-7
IBIC; FA
DEPÓSITO LEGAL: M-19583-2023

Agradecimientos

A Pedro Leblich Amorós, descendiente de Alí Bey, por el cariño y entusiasmo que ha puesto en la corrección de este manuscrito. A mis padres que me invitaron al apasionante viaje que hice a Marruecos y a los patronos internacionales de los Amigos del Museo del Prado por permitirme compartir con ellos esos días maravillosos. Gracias, sobre todo, a los señores Benjelloum, Leila y Othman, su hospitalidad y generosidad desbordantes han sido una gran fuente de inspiración.

Esta novela está escrita con el deseo de estrechar los vínculos fraternos entre dos pueblos separados por catorce kilómetros de mar.

I

ORUGAS Y MARIPOSAS

Empiezo a pensar que hay mayor felicidad en el camino que en la meta. Hace un año recibí una llamada. La llamada con la que cualquier chica de mi edad soñaría… si es que a los casi treinta, tal y como están las cosas, no ha perdido aún la capacidad de soñar. Yo la he mantenido, primero de forma natural (es lo que tiene la juventud primera), después de varios fracasos y decepciones, a fuerza de voluntad: no van a poder conmigo, me resisto a perder la esperanza. Así que continué creyendo en que, si tienes fe, tarde o temprano los sueños se hacen realidad. Casi nunca ocurre de la manera en que uno piensa sino de otra, más sorprendente e inesperada. Siempre mejor.

Todo empezó tras una conversación con mi amiga Teresa. Quedamos después del trabajo a tomar unas cañas.

—Estoy en crisis —le dije—. Esto no es lo que esperaba.

—¿Esto? —me preguntó ella.

—La vida, la vida no es lo que esperaba.

Teresa era (es) una fumadora empedernida. Se fumó uno tras otro. Ese día estaba inspirada y yo receptiva. Su consejo caló en mí: la

vida no es lo que sucede sino cómo vivimos lo que nos sucede. Si la vida no te da lo que esperas, cambia tu forma de vivirla.

Me fui a mi casa en la calle Chueca de Madrid dándole vueltas a esas palabras. ¿Cómo podía yo cambiar mi vida? Mejor dicho, ¿qué tenía yo que cambiar en mi vida para poder ser feliz? Me sorprendió mi incapacidad para responder a esa pregunta. ¡Buen trabajo me esperaba! Si ni siquiera era capaz de identificar lo que me disgustaba ¿cómo iba a cambiarlo?

No es fácil buscar el sentido de la propia vida, no el de la vida en general, sino el de la propia, el de la mía. Ahora, como he dicho, empiezo a pensar que los momentos de búsqueda proporcionan mayor felicidad que cuando se encuentra lo buscado. Es como pensar en el agua fría que vas a beber cuando tienes mucha sed, aunque no del todo: la búsqueda en sí ya te calma la sed.

Al día siguiente de hablar con Teresa me desperté más temprano de lo habitual.

«Vaya —pensé— la crisis no ha pasado».

Sentí de nuevo la enorme pereza y desazón de las últimas semanas, ¿para qué levantarme? Y no es que odiara mi trabajo en la biblioteca de la universidad. Me gustan los libros, me gusta leer. Lo que no tenía era ilusión. Ilusión, eso era lo que me faltaba. Entonces, mi conversación con Teresa me vino a la cabeza; el recuerdo de sus palabras debió de activar la parte de nuestro cerebro que nos mueve a actuar. ¡Levántate! ¡Cambia de actitud!

Corrí la cortina de mi habitación y un chorro de luz me cegó los ojos. Abrí la ventana. En el pequeño balcón las flores de las macetas estaban increíblemente bonitas. Me encantan los geranios. Me fui al baño, me lavé la cara y me quedé mirando la imagen que me devolvía el espejo. Inconscientemente me puse a analizar lo que veía. Los ojos son bonitos, azul verdoso, rasgados; podría tener las pestañas más largas. La forma de las cejas me gusta, es así de manera natural. Tengo suerte de que mi tono de piel sea oscuro y de no haber conocido el

acné. Me pasé la mano por la cara: suave, se acaricia con gusto. Luego por el pelo: no me vendría mal un corte, así, una melenita hasta los hombros, que no me dé tanto trabajo; debería hacerme mechas para que el castaño no fuera tan apagado. Me separé un poco del espejo y sonreí, a pesar de que nunca había destacado por mi belleza yo me sentía guapa.

—Eso, Valentina, muy bien —me dije—. ¡Esa es la actitud!

Tomé la determinación de no pensar en los kilos que me sobraban, mis fracasos sentimentales o en lo monótono de mi trabajo. Hice algo más: en un arranque de optimismo, cogí el calendario en el que tachaba los días que faltaban para las vacaciones y lo tiré a la basura. «*Carpe diem*», el profesor de *El club de los poetas muertos* se dibujó en mi imaginación. Vi con claridad que me hablaba y me decía: «¡*Carpe diem*! ¡Vive el momento, Valentina!».

Una ilusión, una ilusión, eso era lo que necesitaba, algo con lo que ilusionarme. De esto también había hablado con Teresa.

—Mi truco son las cosas pequeñas —me había dicho—. Tomar una caña contigo, comprarme unos zapatos… Bueno, eso si de lo que hablamos es de superar lo tedioso de la rutina.

—¿A qué te refieres?

Conocía a Teresa de toda la vida. Fuimos juntas al colegio en un pueblo de Valladolid y luego estudiamos juntas comunicación audiovisual en Madrid. Yo, además, me matriculé por mi cuenta en historia; escogí mal, debí haberlo hecho en filología o hacer un máster en literatura, si lo hay. Una vez más me la jugó el no saber identificar mis deseos, pues lo que realmente quería era aprender a escribir, no saber de memoria las guerras del Peloponeso ni los protagonistas de la Revolución francesa. Pero en fin, soy muy tozuda y llegué hasta tercero. Ahí me planté, no porque tirara la toalla sino porque conseguí el trabajo en la universidad. Muchas veces después me he preguntado para qué habría yo estudiado historia tres cursos enteros, ni más ni menos. La respuesta, como siempre, me la daba Teresa: «Por algo

será —me aseguró— solo ves el dibujo del puzle una vez que todas las piezas han encajado».

Siempre que hablábamos en serio me parecía estar ante una desconocida. ¿Era esa la misma Teresa que mi amiga del colegio? ¿La misma niña que traía de cabeza a nuestra profesora, que le metía lagartijas en la mesa y que llenaba el techo de bolas de papel higiénico empapado en agua? Después de pensarlo y de volver atrás en el tiempo llegaba a la conclusión de que sí, así era Teresa, divertida por fuera y seria por dentro.

Me contestó a mi pregunta sobre los trucos para la buena vida.

—Me refiero a que hay que saber distinguir entre los trucos que te permiten llevar el día con ganas y aquello que está en el fondo de tu ser: lo que te hace soñar, desear vivir. Yo, por ejemplo, lo he encontrado en mi voluntariado con los inmigrantes. ¿Entiendes lo que digo? Sentirme útil, ayudar me produce más felicidad que las demás cosas. Mira, mi trabajo en televisión, después de cinco años, es tan aburrido como cualquier otro. Olvídate de promociones o de que nadie me dé una oportunidad para dirigir un programa. Pero cuando los viernes por la tarde voy al centro de inmigrantes, todo cambia; en realidad, cambia mi visión de las cosas. Pienso en la suerte que tengo por tener el mismo trabajo todos los días, en tener gente que me quiere, amigos, un futuro por delante. Cuando me voy, casi a medianoche, pienso en que lo que realmente es una suerte es poder ayudar a otras personas. Me siento feliz. Todos tenemos algo que hace vibrar nuestra alma. Tendrás que encontrar tu *leitmotiv*.

Salí de casa pensando en estas cosas… ¿Qué me hacía vibrar a mí? La calle Chueca, aquella mañana de mayo de 2015, rezumaba color, creatividad, alegría. Iba andando a trabajar, tenía más de media hora para dejar que mi mente paseara conmigo a través de mi historia. Yo sí había tenido ilusiones. Me empeñé en estudiar comunicación audiovisual porque por encima de todo amaba el cine. ¡Tantas películas habían marcado mi vida! *Memorias de África*, *La Misión*, *Casablanca*, *La*

vida es bella, *Cinema Paradiso*, *La vida de los otros*… Incluso alguna desconocida por el gran público como *Marcelino, pan y vino*, de Ladislao Vajda. ¡Qué belleza de película! Por eso estudié lo que estudié: quería hacer cine, mejor dicho, quería escribir guiones de películas que tocaran el corazón de las personas, que las hiciera llorar, reír, desear, sufrir, gozar.

No me atropelló un coche de milagro, iba tan perdida en mi universo que me sorprendí cuando el sonido de un claxón me devolvió a la realidad. Ya en la acera me apoyé sobre la fachada de una casa para reponerme del susto. Tenía la respiración alterada y me temblaban las manos. ¿No era exagerada una reacción así? Me di cuenta, entonces, de que la emoción no era solo por el coche que a punto había estado de atropellarme, sino por el galope de mi mente a viejos lugares en los que, en mi temprana juventud, había sido feliz.

De nuevo me puse en camino. En mi cabeza ya solo había una palabra: ¡cine! Sentía que el mundo me volvía a sonreír, que yo de nuevo le sonreía al mundo. Había encontrado la ilusión perdida y tenía que buscar la manera de no dejarla escapar.

Siguiendo los consejos de Teresa logré salir de mi crisis existencial a fuerza de pequeños «trucos» diarios y alimentando, de manera irracional, puramente emocional, la ilusión por el cine. Le propuse a mi jefe ordenar la videoteca de la universidad. Las horas y los días de trabajo comenzaron a pasar a toda velocidad, envueltos en las cientos de películas que pasaban por mis manos, se filtraban por mi cerebro y volaban en mi imaginación. Llegaba la primera y me marchaba la última. De vuelta a casa, a paso lento, descansado, me sentía llena de vida. Algo me iba a suceder, lo presentía. Era como si me estuviera preparando para poder asumir lo que el destino estaba a punto de ofrecerme.

La crisis que durante semanas había atenazado mi corazón fue poco a poco remitiendo. ¡Buf! Por fin respiraba y el aire me llegaba a

los pulmones, al tercer día de ocuparme de la videoteca esa sensación me hizo entender que estaba remontando.

La siguiente vez que quedé con Teresa —quedamos todos los meses, sin falta: mismo sitio, misma hora, primer jueves del mes de turno— no hizo falta que le dijera que me encontraba mejor.

—Tienes buena cara —me dijo. Nos dimos dos besos. Ella había llegado antes y me esperaba sentada en una mesa junto a la ventana.

—La vida me sonríe, Teresa —contesté—. Tenías razón.

Eran casi las nueve de la noche y hacía calor. El verano se notaba en Madrid, más en aquella zona de tapas donde todas las tardes parecían viernes o sábado. En realidad, los jueves salía aún más gente que los fines de semana, era una manera inteligente de abordar el último día de trabajo.

Le conté mi experiencia del último mes y de cómo sus consejos me habían cambiado la vida. Esta vez era yo la que no paraba de hablar. Pasábamos de anécdotas sin importancia a consideraciones profundas sobre la existencia humana.

—¿Por qué será —acabábamos de comentar el caso de una compañera de trabajo de Teresa que había cogido una baja por depresión— que teniéndolo todo nos cuesta tanto ser felices?

Yo había pensado mucho en eso y le contesté con seguridad.

—Es eso precisamente, que lo tenemos todo.

Teresa me dio la razón. Era la terrible contradicción del llamado mundo desarrollado: cuánto más fácil se hacía la vida y había menos por lo que luchar, más desencantadas estaban las personas. Este pensamiento le llevó a mi amiga a reafirmar su idea de que ayudar a los demás es lo único que nos salva del caos vital.

—Por cierto —continuó hablando, al hilo de la conversación—, me vendría bien que me echaras una mano.

La miré con curiosidad y ella se encendió un pitillo, solía hacerlo antes de tratar un tema importante, era como si con ese gesto ordenase las ideas de su cabeza.

—Me han dado una oportunidad. Quizá sea mi ***oportunidad***… y quizá sea también tu oportunidad. —Sonreí. Teresa siempre tan misteriosa. Pero lo hacía bien; esa voz impostada, ese subir y bajar las cejas, su mirada brillante habían despertado mi interés. No quise interrumpirla y ella continuó—: Con esto de los refugiados mi jefe vino un día con la idea de que teníamos que hacer un reportaje sobre el drama que vivían. Le sugerí centrarlo en la integración de los inmigrantes y refugiados aquí, en Madrid. Se lo dije sin pensar, simplemente porque me salió, así, sin más. Pero él se me quedó mirando, como si hubiera descubierto la luna. Me dijo que era una propuesta buenísima (date cuenta de que estábamos allí reunidos cinco o seis, de los cuales yo debía ser el último mono). Yo me crecí y le comenté mi trabajo con las mujeres. ¿Y sabes qué? Ni me dejó terminar. Me adjudicó la responsabilidad de llevar el proyecto, el proyectazo, mejor dicho. Por fin podré hacer un reportaje y encima de un tema que me interesa.

Le di la enhorabuena. Sonaba muy bien. Su jefe le había asegurado que si le gustaba el resultado, contaría con ella para nuevos proyectos.

—Lo que no entiendo es qué pinto yo en todo esto.

Teresa puso la cara que siempre ponía en el colegio cuando iba a hacer una travesura. Se mordió el labio inferior y guiñó un ojo. «¿Cómo podía ser que estuviéramos a punto de cumplir treinta años?», pensé. Hay cosas que siempre nos identifican, pase el tiempo que pase.

—Necesito que me ayudes con el guión —me dijo—. Tengo un ayudante de cámara y yo voy a encargarme de la producción, pero no encuentro a nadie que pueda escribir la historia; mejor dicho, no encuentro a nadie mejor que tú.

Me quedé sin palabras.

—¿Qué? ¿Lo harás? No voy a poder pagarte, pero saldrá tu nombre como guionista.

Por mi cabeza trotó una manada de pensamientos, así que era eso lo que estaba por suceder, eso era para lo que me había estado

preparando el destino. «La vida de una inmigrante en Madrid», o mejor, «El Madrid de las inmigrantes», no, el título tenía que ser más creativo y habría que poner cara a los protagonistas, cómo se sentían, qué pensaban… No tuve dudas al contestar:

—Cuenta conmigo —le dije—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Dos semanas para el guión, como mucho. El trabajo de producción me llevará por lo menos un mes y el jefe quiere el reportaje antes de que termine julio.

—¡Dos semanas! ¡Estás loca! ¿De dónde voy a sacar tiempo?

De nada sirvieron mis quejas. Una vez aceptado el reto, Teresa solo miraba hacia delante. Esa era su virtud: nunca mirar atrás. Decía que hacerlo era dar entrada al miedo y a la melancolía, que debilitaban. Me propuso ir todos los días, después del trabajo, al centro de inmigrantes. Ella hablaría con algunas mujeres que pudieran contarme sus vidas y darme la información necesaria para mi guión.

Aquel jueves me marché a casa con la sensación de que me estaba embarcando en algo grande. Cine, ser útil, contar historias, escribir, escuchar: todo sonaba a buena música. En la cama, por la noche, no podía dormir. Tenía la mirada fija en la pared de enfrente, a pesar de que ya había apagado la luz. Mi cabeza me llevó al pasado, a mi pasado con Teresa. Era la única persona en mi vida que había permanecido a lo largo de los años. Las dos habíamos crecido en el mismo pueblo de la provincia de Valladolid. Sus padres y los míos eran las familias más pudientes; aún así, no eran gente de ciudad. Por eso, al llegar a Madrid, nos sentimos más identificadas, la una con la otra, que nunca. Había cosas que teníamos y que claramente no tenían los de la capital. Por ejemplo, la necesidad de campo o el respeto a la gente mayor. Su abuela y la mía eran de las antiguas, de las que todavía cebaban cerdos para celebrar la matanza. Ni ella ni yo nos atrevimos a decir a nuestros compañeros de la universidad que nos encantaba aquella tradición. Para empezar, porque a pesar de que eran unos urbanitas se declaraban amantes de los animales; habrían puesto el grito en el cielo de

saber en qué consistía la fiesta. Pensando en la última vez que visité mi pueblo, en Navidad, me vino a la cabeza la imagen de mi padre. Era un hombre culto, pese a ser hombre de campo. Fue él quien me transmitió el amor a la literatura. Su biblioteca era un verdadero tesoro. Sentí nostalgia al evocar los paseos que nos dábamos junto al río Duero, hablando de libros, de escritores y de sentimientos profundos del alma humana.

El primer año en Madrid, Teresa y yo alquilamos un ático para vivir juntas cerca de donde vivo yo ahora. Llegábamos a casa y pasábamos horas y horas comentando anécdotas del día; nos sentíamos orugas en medio de mariposas. Siempre me habían fascinado las mariposas, de hecho las coleccionaba; sobre todo me fascinaba la mariposa monarca, capaz de recorrer 4500 kilómetros cada año en busca de un invierno más cálido. Después de ese primer año, comencé a darme cuenta de que las mariposas éramos nosotras y ellos las orugas.

—Voy a hacer una lista de todo lo que no me gusta de la gente de aquí —le dije un día a Teresa.

—Mejor hazla de lo que piensas sobre lo que ellos piensan. —A ella le interesó mi iniciativa, pero quería darle otra perspectiva—. Yo te ayudo.

Empecé mi lista con un tema recurrente entre los alumnos de comunicación audiovisual: el género. Al principio no me atrevía a manifestar mi opinión al respecto. Me imponía la agresividad con la que mis compañeras sostenían que los hombres y las mujeres son iguales.

—Querrás decir que tenemos los mismos derechos —contesté un día, tímidamente—. Es evidente que iguales no somos.

Desde ese momento quedé marcada como si fuera una apestada. Yo estaba indignada.

—¡Si no hay nadie más feminista que yo! —me desquitaba por la noche hablando con Teresa—. Lo que yo quiero no es que las mujeres sean como los hombres. Si acaso al contrario, que ellos sean como nosotras. En cualquier caso me gusta la diferencia, creo que enriquece.

A Teresa ese tema le aburría.

—Déjalas —me decía—. Si quieren dejarse crecer el bigote y enseñar las tetas para reclamar no se sabe qué, es su problema.

—Es falta de inteligencia —yo me empeñaba en defenderme—. No sé cómo no lo ven, ya no es novedad la provocación, lo que mola es el respeto; pero ¡claro! Nadie se atreve a ir contra el pensamiento único, pensar distinto es casi peor que ser una asesina.

Teresa intentaba calmarme. A mí me dolía que mis compañeros me trataran de machista, pueblerina y anacrónica cuando eran ellos, precisamente, los que estaban anclados en el pasado. ¿Que dos políticos se han dado un beso en los morros en el Parlamento? «*Déjà vú* —pensaba yo—, dame algo nuevo que me convenza». Pero no me atreví a hacer más comentarios.

Y qué decir del tema del sexo. Sobre eso sí que no pude callarme cuando en un corrillo de cuatro o cinco los chicos comenzaron a hablar del rollito del fin de semana y las chicas de lo que les gustaba en la cama.

—Pues a mí no me gusta el sexo —dije.

Todos se quedaron callados y miraron, con caras de escándalo, a la rara, la del pueblo. Pero ya no estaba en primero, sino terminando la carrera y no me daban miedo.

—Sí, sí, lo que oís: no me gusta el sexo. Mejor dicho, hay muchas cosas que me gusta hacer con un tío antes que acostarme con él: me gusta dar un paseo, montar en las barcas, hablar de libros y pelis, soñar juntos, que me diga cosas bonitas. Eso de acumular trofeos de hombres con los que me encamo no va conmigo. Es más, me parece una ordinariez.

Menos mal que no iba a volver a ver a aquella gente. Lo que sí me di cuenta fue de que a pesar de que intentaron ridiculizarme se sintieron incómodos, sobre todo las chicas. En el fondo estaba segura de que pensaban como yo. De ellos, no podría decir, quizá esta manera

de pensar mía sea la que me ha llevado a fracasar en las tres relaciones que he tenido.

—No te deprimas —me aconsejó Teresa después del último fracaso—. Eres demasiado profunda para un mequetrefe como ese, ya encontrarás a alguien de te merezca.

De eso han pasado cuatro años, ¡cuatro años! Rompí mi última relación cuando yo ya vivía sola y me habían hecho fija en la universidad. Creo que las tres cosas —estar sola, tener un trabajo fijo y un pisito en propiedad— ayudaron a que mi vida comenzara a deslizarse cuesta abajo. Odiaba la vida burguesa y odiaba pensar que lo que tenía era todo lo que debía esperar.

Las cosas, sin embargo, suceden en su momento, eso dice Teresa. No es que las cosas que queremos no vayan a suceder, sino que no sabemos esperar su momento. Si no cultivamos la paciencia, cuando pasan, ya han dejado de interesarnos o simplemente ni las vemos.

Yo sí vi una oportunidad en escribir el guión de aquel reportaje. Las siguientes dos semanas fueron de intensísimo trabajo. Disfrutaba cada minuto que pasaba en el centro de inmigrantes. Conocí a personas extraordinarias. Todas mujeres, con vidas de auténticas heroínas. Teresa había seleccionado a tres marroquíes para que centrara en ellas la historia; representaban a tres generaciones distintas (abuela, madre e hija) no de la misma familia. Todas habían llegado a España, a Madrid, para ganar un futuro, ya fuera para sus hijos o para ellas mismas.

La mayor se llamaba Ragma. Se veía una mujer fuerte, recia, con una capacidad de sufrimiento impensable entre los de mi generación. «¿Es que no piensas en ti misma? ¿Nunca sales a pasarlo bien?» Parecía como si no entendiera mis preguntas. Ragma trabajaba en una casa y solo salía los viernes para venir al centro y el sábado para cumplir con su religión. Aquellas preguntas ni siquiera la inmutaban, ella estaba por encima de la frivolidad que albergaban. «Quiero un futuro para mis hijos y mis nietos; que estudien allí, en Marruecos, y que sean

gente de bien». Eso me respondía y se me quedaba mirando, como si lo que yo le había preguntado fuera una estupidez.

Fátima debía tener mi edad, unos veintimuchos o treinta. Pertenecía a otra generación de mujeres marroquíes. Vestía a la europea, no como Ragma que llevaba el rostro casi oculto y una chilaba negra que le llegaba a los pies. Fátima había llegado a Madrid hacía dos años. Una prima le había dicho que la peluquería en la que trabajaba necesitaba contratar una nueva empleada. Se vino de inmediato. A su edad, soltera, se sentía incómoda en su país. Era la oportunidad para romper con las ataduras sociales que aún regían en su familia. No pensaba regresar. «Soy feliz aquí —me dijo—. No necesito marido ni tampoco hijos. Me basta con tener un trabajo y mi libertad».

La última mujer que entrevisté tenía diecisiete años. Aún estaba en el instituto y era una estudiante excelente. Ella iba al centro de inmigrantes para ayudar, no para recibir ayuda. Hablaba español a la perfección, pues había llegado a Madrid con apenas dos años, cuando su padre, que era albañil, consiguió un buen trabajo en la época en que estaba empezando el boom inmobiliario. La entrevista con ella fue la que más sorpresa me causó.

—Nezha, ¿qué vas a estudiar cuando termines el instituto?

—Políticas —respondió.

—¿Políticas? ¿Quieres dedicarte a la política en Marruecos?

—No, quiero dedicarme a la política aquí. Hay muchas cosas que cambiar.

—Estoy de acuerdo. A ver, dime cosas que cambiarías.

—Cambiaría la televisión para que no se pudiera vender el éxito en cuerpos esqueléticos ni se vendiera la felicidad en billetes de euros; cambiaría también la ley de educación, sería más exigente con los alumnos, hay que premiar el esfuerzo; cambiaría…

Me chocó la firmeza con la que hablaba. «Madre mía —pensé—, esta chica es una auténtica mariposa monarca.